

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre 1'00  
 Extranjero 1'50

## DE LA GUERRA

### Consecuencias reflexivas

A pesar del fracaso que supone la hecatombe de la guerra para la decantada emancipación humana, a pesar de la elocuencia con que hecho tan insólito viene a demostrar la ineficacia de los erróneos medios que se emplean para educar los instintos atávicos, todavía hay ilusos que continúan en sus bellos optimismos, afirmando que el proletariado organizado será el redentor del mundo.

La humanidad no renuncia a vivir, es cierto, pero si se somete, y será por tiempo indefinido, a la tiranía del privilegio y de la barbarie. No hay más que barniz de civilización. Rascando un poco, aparece el hombre brutal, pasional y sanguinario.

El gobierno que merece tan teóricos ataques, el principio de autoridad que se creía desmembrado por el espíritu del anarquismo, es precisamente el que está hoy dentro de la más perfecta lógica y se muestra generoso, previsor, inteligente y con absoluta conciencia de sus derechos bien adquiridos por el sufragio.

Los ataques de la razón deben ir a las masas y a los pastores que les han venido predicando ideas redentoras durante muchos lustros para en esta conflagración abandonarlas al azar de las circunstancias. Escritores, sabios, artistas han cogido las armas y proclaman la necesidad de la guerra para salvar la civilización.

He aquí como vivimos en pleno triunfo del sofisma. Las más absurdas contradicciones son hoy artículo de fe. Lo que ayer se vituperaba hoy se ensalza. Las huestes de la revolución platónica que veían próximo el triunfo de la humanidad progresiva y emancipada se han tornado guerreras. Ante este desbarajuste de las ideas sociales, en que aparecen todos los farsantes, titulados sabios del pensamiento; delante de esta ausencia de carácter razonador y tenazmente convencido, los pocos hombres que permanecen serenos, que ven claro entre las tinieblas y la convulsión en que se agitan las pasiones ancestrales, dudan un momento de su cordura y se llevan las manos a la cabeza para convencerse de que la tienen en su sitio y de que por consiguiente la razón es siempre coherente y obedece a las leyes precisas que en toda eventualidad tienden definitivamente a unificarla.

No precisa la erudición de que hacen gala los brillantes talentos; no hay que perderse en las elucubraciones y en las conjeturas del refinamiento intelectual para comprender el móvil y el alcance de los hechos. Basta tan sólo la adquisición de verdades simples y la afirmación de las vulgares para que cese la confusión en las ideas y para que los que poseen aún un poco de buen sentido no se dejen engañar por la locura colectiva que en estos momentos se ha desencadenado por el mundo. La guerra se creía imposible hasta por los más avisados. La propaganda antimilitarista, el sentimiento de la paz, la demostración de la mentira patriótica venía atronando los oídos de las multitudes y hacía esperar que el nivel intelectual y moral de las sociedades se había elevado notablemente por encima de la animalidad. Quedaba teóricamente establecida la Internacional y alejaba toda probabilidad de discordia este sentimiento que fusionaba los corazones a través de las fronteras y aunaba los esfuerzos del mundo del trabajo y de la inteligencia hacia el fin común del triunfo del espíritu libre, con el que los irritantes privilegios y las tremendas injusticias del dinero habían de desaparecer de la Tierra.

Los pueblos no podían considerarse enemigos porque a sus representantes nacionales se les antojara lanzarles a la matanza. Si el paria era el eterno desposeído; si conocía a sus expoliadores de dentro y fuera; si aspiraba a vivir plenamente y a adquirir la capacidad que por derecho natural le corresponde en la producción y en el disfrute de la riqueza, no tenía motivo para arrastrar su conciencia en los campos de batalla y destruir en un momento los dictados de la justicia que fundaba sus sueños de total emancipación. Era de esperar, por los lirismos fraternales que estaban en los labios sin haber arraigado en la mente y el corazón de las masas, que éstas sabrían dar un mentís a los gobiernos que intentarían desviarlas de su labor

pacífica. Bien vemos hoy la falsedad de tales suposiciones y constatamos con pena la verdad de los que afirmaban que las predicaciones de una sociedad futura, que los desmanes retóricos de los iluminados por un ideal lejano, eran otros tantos señuelos que contribuían a tener al pueblo en la ignorancia y en la ilusión quimérica de que sus supuestas virtudes habían de llevarle al logro de sus aspiraciones.

Siempre se han ensalzado las excelencias del mundo obrero y se ha vilipendiado la corrupción del capitalismo, y este sistema no ha podido menos de dar los frutos amargos de la decepción actual. Mejor que hacer el panegírico de lo bueno, es combatir con ardor lo malo y demostrar que si los parásitos en la vida son perjudiciales, también la inconsciencia, la pasividad y los vicios de los sometidos al yugo del trabajo contribuyen a fomentar todos los crímenes que la humanidad llora, sin tratar de poner un remedio eficaz a sus dolores. A fuerza de repetirla, se ha desgastado, y queda sin efecto por tiempo indefinido la idea de que "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos."

Esta especie de clave de armonía viene a ser una predicción más, y como tal, sujeta a las contingencias imprevisibles del futuro. Hace falta averiguar primero si el pueblo, o mejor dicho, la humanidad, comprende y quiere su emancipación. Se necesita vivir en los dominios de la fantasía para no darse cuenta de que el vulgo no tiene conciencia, que va arrastrado por sugestiones, que dista mucho, en fin, de poder edificar una sociedad medianamente razonable. Los que no ven más que el lado optimista de la vida, que desciendan un poco de sus alturas, que se codeen con los individuos, y cuando hayan hecho un estudio minucioso de su valor moral y de su comprensión de la libertad, entonces podrán afirmar cómo es posible que un conjunto de unidades de mediocres y malos puedan formar una cantidad positiva que empuje la evolución hacia los nuevos horizontes de la ciencia. Hoy se demuestra la palmaria contradicción en que se sostenía el equilibrio de los Estados. Mientras se entonaban cantos de paz, los gobiernos aumentaban sus armamentos. Bien claro está que no enriquecían su arsenal de guerra para que se enmoheciese, sino para armar el brazo de los obedientes súbditos, que con la misma facilidad ofendían a Minerva que a Marte. El axioma vulgar de que "dos no rifen si uno no quiere" se ha olvidado en absoluto. El ejército alemán ataca y el francés tiene que contestar para que los demás aliados se mezclen en la contienda. Nosotros no podemos profundizar esta necesidad. Sólo los eruditos, los que conocen la alta política y los designios secretos que la informan, pueden hablarnos de intereses de civilización, de dominios de raza, de defensas democráticas y de destrucciones imperialistas. Nosotros, pobres pecados, no sabemos ver de la guerra más que la sangre y la desolación que tras sí deja, y se nos ocurre preguntar en nuestra candidez a todos los conspicuos intelectuales, a todos esos que, encanecidos en la lucha por el ideal, encuentran hoy excusable y aun necesario el gran crimen, qué es lo que el pueblo francés hubiera perdido en no hacer resistencia al invasor, en cruzarse de brazos ante las tropas germánicas.

Sometido al yugo del salario, igual es para los productores que su burgués sea francés o alemán, como ruso o austriaco. Se advuce que haberse dejado humillar por el orgullo del militarismo alemán hubiera sido dar paso a la barbarie y un retroceso manifiesto en la civilización. Acaso seamos míopes, pero no sabemos como se puede demostrar que Alemania sea un pueblo más bárbaro que los otros. En la paz, los teutones se tenían por cultos. Sus artes, su ciencia y sus industrias conquistaban al mundo. Las desigualdades sociales en el fondo no eran ni más ni menos irritantes que en los demás países. Es cierto que la provocación partió de los que se creían más fuertes, pero a ciencia cierta no se sabe quien ha preparado la hecatombe. quién tenía mayor interés en romper el equilibrio europeo.

Las excelentes combinaciones diplomáticas tienen el verdadero sentido de este rompe-cabezas. Para juzgar con algo más de imparcialidad sería preciso comprobar el estado del proletariado alemán con el del resto de Europa. ¿Eran mejor los salarios, menos las horas de trabajo y más higiénicos los talleres? ¿Había más facilidades de vida o era mayor la miseria? ¿Los medios de cultura eran más extensivos?... ¿Qué pretensiones podía, pues, tener Alemania si hubiera entrado en Francia sin resistencia? ¿Iba a imponer la esclavitud al trabajador? No, sin duda, puesto que este quedaba siempre a la defensiva contra el capitalismo. Es precisamente la industria, el comercio, las fuentes de riqueza, lo que Alemania ambicionaba, y con estas nada tiene que ver el productor en concepto solidario. Si eran dos culturas, dos civilizaciones las que se mezclaban, tanto mejor para todos. Hubiera vencido pacíficamente la más fructífera y si Francia tenía verdadero espíritu liberal y progresivo no hubiera periclitado su genio, sino que resurgiría cada vez más potente. Claro que estas afirmaciones están reñidas con la política de las naciones, con el honor militar y con todas esas jerigonzas que forman las mentiras convencionales de la civilización. No obstante, demuestran la razón y destruyen el sofisma.

No pretendemos indagar la superioridad de los pueblos beligerantes, pues según nuestro criterio libertario, sabemos que el nivel intelectual de la humanidad es, salvo diferencias accidentales, el mismo en todas partes. Aun los que permanecen neutrales en el conflicto, no se libran de la barbarie que llevan en su seno y la más ligera circunstancia puede hacer que la vesania se extienda más todavía.

Ni pesimistas ni optimistas, nuestro afán es afirmar el triunfo de la razón individual, proclamar la verdad por dura que sea. Seguir ilusionando a las masas con teorías bellas equivale al estancamiento moral de los individuos. La miseria y la ignorancia de los pueblos son demasiado profundas; los medios coercitivos y de perfidia de los gobiernos, completamente omnímodos para que pueda seguirse la propaganda de las jeremiadas a que, hasta la fecha, ha quedado reducido todo el desplante revolucionario.

Propaguemos el racionalismo más minuciosamente, por el resultado individual, sin estar imbuidos del concepto maravilloso de la transformación social, convencidos lógicamente de que más vale buscar pequeños grupos de afinidad que quieran realizar algo, que no seguir ensalzando a las masas, cuya emancipación está aún muy lejana.

M. COSTA ISCAR

### Una lección sociológica

En el acto de la apertura de los Tribunales, celebrado recientemente, el presidente del Tribunal Supremo leyó un discurso sobre el tema de la propiedad.

En teoría, este acto, repetido anualmente, sirve para manifestar las deficiencias e imperfecciones legales y para indicar las correcciones aconsejadas por la experiencia; en la práctica, según el diario que me sirve de informante, resulta una ceremonia tradicional sin influencia política.

La transcendencia del tema da al discurso de este año excepcional importancia. De él son estas líneas:

La personalidad, sin el debido complemento de la propiedad, es insuficiente e ineficaz para poner al individuo en condiciones de igual convivencia y hasta de lucha por la vida, que a todos nos es necesario sostener para la realización de nuestro destino en el mundo...

Sin la previa igualdad de derechos civiles y políticos la mejora material reconocida al esclavo, al siervo de la gleba, al vasallo o al proletario, más significaría el sello y la sanción de la desigualdad ante la ley.

Certísimo: lo dice constantemente el proletariado de todos los países desde los primeros días de La Internacional. Los trabajadores, con su derecho democrático constitucional reconocido, pero privado de participación en la riqueza social que producen, sufriendo verdadero despojo y reducidos a vivir del salario, sometidos a un régimen económico fundado sobre la fluctuación de la oferta y la demanda, como si tal reconocimiento no existiera, son de hecho esclavos y siervos.

Aunque indirectamente, la presidencia del Tribunal Supremo ha reconocido la aspiración emancipadora del proletariado, expresada por estos acuerdos del Congreso de la Asociación

Internacional de los Trabajadores reunido en Basilea en 1869:

El Congreso declara que la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra, y hacer de modo que ésta entre en la comunidad... El derecho de herencia debe ser completa y radicalmente abolido, considerando esta abolición como una de las condiciones indispensables a la libertad del trabajo.

No he de esforzarme en demostrarlo por cuenta propia. Hallo el trabajo hecho, y bien hecho. Pi Margall dijo, hace 43 años, en el famoso debate sobre La Internacional:

«No estáis diciendo aquí a todas horas que la sociedad es el complemento de la personalidad humana, que es la base sine qua non de la independencia de la familia, que es el lazo de unión entre las generaciones presentes y las futuras? Es natural que la clase proletaria diga: si la propiedad es el complemento de la personalidad humana, yo que siento en mí una personalidad tan alta como la de los hombres de las clases medias, necesito de la propiedad. Si la propiedad es el lazo que une la generación presente con las generaciones venideras, necesito de la propiedad para constituir ese lazo entre yo y mis hijos.

La tierra, que es nuestra común morada, que es nuestra cuna y ha de ser nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar el mundo, no debe ser poseída de una manera tan absoluta por el individuo, que la personalidad social no tenga derecho de someterla a las condiciones que exigen sus grandes intereses.

Satisfecho por hallar a poca costa razonamiento tan excelente para mi demostración, recurro a la reserva de mis notas, y hallo que no es la primera vez que desde la presidencia del Tribunal Supremo en el acto de la apertura de los Tribunales se den importantes lecciones sociológicas.

He aquí unos fragmentos, ya conocidos pero oportunos, de la de 1908, pocos meses antes de la semana revolucionaria de Barcelona:

Conviene llegar al reparto de las utilidades de la industria y de la agricultura por equitativa participación de cada elemento productor, en tributo de justicia y con la mira de aliviar las estrecheces de la vida de clases intriganteras del cuerpo social, como son los de los obreros manuales y los de la inteligencia...

La velocidad del avance en busca de mejoramientos impone a las sociedades y a los Estados el ensanche cada vez mayor de sus medios de progreso efectivo.

Si a esos males no se atiende, si no se les dan soluciones, si no se atina a formular la regla jurídica reguladora de las relaciones creadas por nuevos intereses creados, si el Estado persiste en someter tales cuestiones a un antiquado femenino criterio y se contenta con proclamar el dominio efímero de la coacción, estallará al fin la tormenta y no habrá pararrayos que nos preserven de la electricidad acumulada, buscándole las derivaciones oportunas.

Ahora, considerando suficiente la dosis intelectual suministrada hoy con esas notas cogidas al vuelo, dejo al lector el cuidado de juzgarlas libremente, recomendándole que después determine su voluntad en consecuencia de su juicio.

Si en un momento dado, los millones de combatientes que, por disciplina y por sugestión patriótica, derraman actualmente su sangre en Europa y Asia pudieran determinar su voluntad por el juicio que de esas notas se desprenden, seguramente arrojarían y destruirían sus armas, se confundirían en fraternal abrazo y normalizarían la vida de la humanidad, actualmente perturbada por la soberbia y la descomunal ambición de unos necios revestidos de una inmensa autoridad.

ANSILMO LORENZO

### El proceso de la policía

Nuestros lectores conocen la agresión de que fué objeto el jefe de la sección policíaca de investigación del anarquismo, por nuestro compañero Vega.

En la última reunión celebrada por delegados y Juntas que integran la Federación Local, se tomó el acuerdo de apoyar incondicionalmente al compañero Vega, mostrándose parte en el proceso y nombrando abogado que las represente.

Se proponen las sociedades obreras que el proceso adquiera tal importancia, que bien podría resultar que en vez del proceso contra quien obró en defensa de su dignidad, sea el proceso de la policía.

Tal vez en este proceso se demuestre que no son confidentes, que ninguna confidencia pueden facilitar, lo

que busca, sino agentes provocadores, que se presten a combinaciones que pudieran surgir en la mente de algún ambicioso.

A tal objeto y para cubrir los gastos que esto ocasionase se abrió una suscripción pública en Solidaridad Obrera.

Nuestro compañero Catalá, interpretando los deseos del grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD ofreció nuestro concurso a la justiciera campaña que va a emprenderse.

El acuerdo de la Federación es digno de aplauso. El compañero Vega, con su lección a los que se dedican a la caza de confidentes, se ha hecho acreedor al apoyo de todos los hombres de ideas progresivas.

..

Por un artículo publicado en *El Progreso*, relacionado con este asunto, ha sido encarcelado el compañero Antonio Filgueira Vieytes.

Aunque el supuesto delito se califica de injurias a la policía, el juez pide, para ponerlo en libertad provisional, la fianza de 4.000 pesetas y 3.000 para responder a los resultados del proceso. ¡Que ya es pedir!

### FANTASIA

Avergonzado de dar luz, calor y vida a seres tan estúpidos y salvajes, habíase ocultado el Sol por el ocaso. Pero la Luna, compasiva e indulgente, asomaba su disco por Oriente para mitigar la obscuridad que tras de sí dejaba el astro rey.

Un centinela de uno de los ejércitos beligerantes hacía esfuerzos sobrehumanos para no dormirse. Llevaba varios días sin dormir y muchas horas sin comer.

Las continuas y largas marchas le tenían agotado; el hambre, la sed y el sueño habíanse extenuado.

Llevaba tanto tiempo presenciando tales horrores, que tenía embotada la sensibilidad; en sus oídos se mezclaban el ruido de los cañonazos y las descargas de los fusiles con los desgarradores lamentos de los heridos, y aunque hacía varias horas que los instrumentos de muerte descansaban y los heridos estaban lejos, sus oídos seguían percibiendo el mismo ruido, aquellas ensordecedoras detonaciones y aquellos penetrantes lamentos; sus ojos no veían más que una cosa: montones de cadáveres y heridos luchando con la muerte.

..

La Luna ascendía tranquila y majestuosamente por el firmamento más luminosa que otras veces, hermosa como nunca. La noche invitaba a la reflexión, al ensueño, a la poesía...

Desde que nuestro hombre recibió la noticia, allá en su casa de campo, de incorporarse al ejército, no había tenido tiempo de pensar, de meditar sobre su situación. La primera ocasión que se le presentaba era aquella noche que, necesitando el sueño para reponerse del cansancio y olvidar tantas escenas bárbaras, no le permitía dormir la férrea disciplina; gracias que aquella clara y tranquila noche le había despejado algo la inteligencia.

A su mente acudió el recuerdo de su adorada familia, que dejó en su pintoresca casita de campo. ¡Cuánto sufriría su querida madre! ¡Cuánto se acordaría su cariñosa esposa y su pareja de encantadores hijos!

Estos recuerdos le producían un deleite inefable. pero también una profunda pena. Aquella hermosa noche de Luna le recordaba otras que semanas antes había pasado entre aquellos seres queridos. ¿Los volvería a ver? Esta pregunta le ponía tristísimo, le desesperaba. Sabía que era difícil, pues en el poco tiempo que llevaba en la guerra había visto la muerte tan cerca, que no se explicaba cómo aún vivía. Y si una bala o un trozo de metralla no lo mataban, ¿podría resistir aquella vida? Se le oscurecía la vista y todo lo veía negro, y otra vez llenaban sus oídos cañonazos y lamentos, y no veía más que muertos y heridos.

¡Oh! ¡Qué horror! ¡Cuánta barbarie! Y tantas víctimas, tanta miseria y tanto martirio, ¿por qué?

¡Tan terribles ofensas mediaban entre unos y otros combatientes? Antes de la guerra no le había él hecho daño a ninguno de sus hoy enemigos; tampoco los otros a él le habían hecho nada.

Y mientras el militar seguía horrorizado pensando en su situación, la Luna, habiendo llegado al punto más culminante, descendía hacia el ocaso tranquila y majestuosa, más luminosa que otras veces, hermosa como nunca. La